





Lino García Morales

# **Retrato de un país de mierda**

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Lino García Morales, 2019

© Photo by Dmitry Bayer on Unsplash

Edición e impresión por BoD – Books on Demand

info@bod.com.es – www.bod.com.es

Impreso en Alemania – Printed in Germany

ISBN: 978-8-4132-6722-7

A Hugo, Héctor, Darío y Pablo,  
a Anita y Viki,  
a la memoria de Carmen Cabrera y Armando Duarte.

Si desea escuchar la banda sonora de esta novela puede hacerlo a través de este código QR o del hiperenlace.



[spotify:playlist:3Kp8UxMN8ZOtBDKmKSmmtE](https://open.spotify.com/playlist/3Kp8UxMN8ZOtBDKmKSmmtE)

*Las retóricas del mal y del bien a veces son indistinguibles.*

*Agustín Fernández Mallo, Trilogía de la guerra*

*Todas las guerras se hacen con el fin de obtener riqueza.*

*Platón*

*Hay muertos que alumbran los caminos.*

*Silvio Rodríguez, La vergüenza*

*Grande es la verdad, pero todavía mayor; desde un punto de vista práctico, es el silencio de la verdad.*

*Aldous Huxley, Un mundo feliz*

*Las guerras mienten. Ninguna guerra tiene la honestidad de confesar yo mato para robar. Las guerras siempre invocan nobles motivos: matan en nombre de la paz, en nombre de la civilización, en nombre del progreso, en nombre de la democracia y por las dudas, si tanta mentira no alcanzara, ahí están los medios de comunicación dispuestos a inventar enemigos imaginarios para justificar la conversión del mundo en un gran manicomio y un inmenso matadero.*

*Eduardo Galeano*



## **Jinete sin cabeza**

*Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y destruyen.*

*José Martí*

*Imaginó una nación e hizo de la palabra Cuba su bajo obstinado.*

*Antonio José Ponte, El abrigo de aire*

*Si votar sirviera para cambiar algo, ya estaría prohibido.*

*Eduardo Galeano*

En 1905 el primer presidente de la República de Cuba, Tomás Estrada Palma, inauguró el primer monumento a José Martí en el Parque Central de La Habana. La estatua representa al prócer en pose magisterial, aleccionando a un pueblo que figura en la base del monumento (un grupo de carácter alegórico que incluye niños, mujeres, y hombres). Muchos de ellos portan palmas; lo que sugiere la exhortación al sacrificio del magisterio martiano. Entre todos representan a la Patria, al Pueblo y al Ejército Libertador.

En el discurso de inauguración, al que asistieron otros dignatarios políticos, eclesiásticos y militares (incluyendo al general Máximo Gómez), el primer presidente de la República de Cuba Don Tomás Estrada Palma, en nombre de Martí, alentó a la nación a favorecer las inversiones norteamericanas como una solución a los problemas de Cuba.

Fulgencio Batista, en su despacho del Palacio Presidencial, justo detrás de su silla, mantuvo un busto esculpido en mármol de José Martí que le sobrevivió. Parece que sus ojos están muertos. Parece que mira hacia adentro. Parece que lo que sea que hubiera detrás de ellos no fuera del todo humano. Parece que está allí para juzgar, proteger, acreditar y santificar. Ahí sigue imperturbable en el mismo lugar, ahora Museo de la Revolución, junto con el teléfono de oro macizo que la International Telephone and Telegraph Company (ITT) regaló al que una vez fue sargento taquígrafo del Ejército cubano como agradecimiento, por permitirle a su compañía aumentar las tarifas a las comunicaciones telefónicas en Cuba.

Fue durante el gobierno de Batista cuando comenzó la construcción, en lo que entonces era la Plaza Cívica, en La Habana, después convertida en Plaza de la Revolución, del enorme y extraño monumento a José Martí de dieciocho metros de altura que piensa debajo de un obelisco seis veces más alto. Para ser martiano entonces no era necesario, ni siquiera recomendable, leer sus obras; al menos eso propuso en varias ocasiones Félix Lizaso, un intelectual al servicio del gobierno de Batista. Para ser martiano solo era suficiente, no necesario, con ser "honrado", como el Apóstol. Aquel enorme y extraño monumento mostraba a un hombre sincero, sentado sobre una piedra, quién sabe pensando en qué.

Fidel Castro no fue menos. En su despacho, entre el Generalísimo Máximo Gómez y el Mayor General Antonio Maceo, presidía un imponente retrato del gran subversivo, in extremis Mayor General, José Martí. Parece sumamente serio, mucho más si cabe. Parece que no mira hacia la cámara, sino que mira hacia el futuro. Parece que las acusaciones, sobre todo del veterano de la Guerra de los Diez Años Enrique Collazo, de preparar una guerra innecesaria desde el exilio, donde morirían con toda seguridad muchos cubanos, deprimen y agravan el gesto.

Después del caso Elián González, Fidel Castro ordenó la construcción de una estatua de José Martí con un niño en brazos en la Tribuna Antiimperialista; frente a la Sección de Intereses de los Estados Unidos en La Habana. No parece pensador, ni maestro del sacrificio, sino atleta o guerrero. Para ser martiano no era imprescindible, aunque sí obligatorio, leer sus obras. Para ser martiano no era suficiente, si necesario, con ser “honrado”, como el Apóstol.

Martí ha servido a unos y a otros, a los que amaron y fundaron, a los que odiaron y destruyeron, a los malos y a los buenos, a los que están a favor y a los que están en contra, a los de un lado y a los del otro. Martí para imperialistas y antiimperialistas. Martí para revolucionarios y contrarrevolucionarios. Martí para todos. Martí el legitimador, el maestro. La cabeza invisible que alecciona desde dentro, las cabezas visibles. Martí, el ideal. Martí, el inmortal. Martí, el idolatrado. Martí, el arma arrojadiza. Martí, el apóstol de su propia fe. Martí por encima del bien y del mal. Martí a la carta. Martí, todo y nada. Martí, el multiuso.

Con apenas 17 años, Martí, el prisionero #113 de la Primera Brigada de Blancos, condenado a seis años de presidio y trabajos forzados en las Canteras de San Lázaro por infidencia, se retrató en La Cabaña posando encadenado con su brazo izquierdo sobre una columna dórica y el rostro muy serio. Martí nunca estaba para bromas. Se sabe que dedicó una copia de esta foto a su madre Leonor Pérez y otra a su amigo Fermín Valdés Domínguez. En el apóstrofe a su madre escribió:

*Mírame, madre, y por tu amor no llores;  
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas,  
Tu mártir corazón llené de espinas,  
Piensa que nacen entre espinas flores.*

En la dedicatoria a su amigo escribió:

*Hermano del dolor, no mires nunca  
En mí el esclavo que cobarde llora.  
Ve la imagen robusta de mi alma  
Y la página bella de mi historia.*

Martí no quería que se viera lo que se ve, sino lo que él quería que se viera; lo que no se ve y así fue. La imagen robusta de su alma que inunda de flores las espinas que llenó, es omnipresente, ubicua, patética, sobrescrita. El tono lacrimoso es efectivo. “No hay más que atravesar el epistolario para sentir repulsión por tanta piedad consigo mismo, por tanta autoconmiseración”, escribe Antonio José Ponte. Martí apenas fue mambí. No cortó ni una sola cabeza con un machete. No disparó ni un solo tiro. Murió en la primera y última batalla militar de su vida. Martí pensó, conspiró, escribió, creó el Partido Revolucionario Cubano y organizó la Guerra Necesaria. Martí, el nacionalista e independentista, es el legítimo Héroe Nacional. Martí es Cuba.

Martí es uno de los personajes profanos más esculpidos; contando solo la producción nacional iconográfica (en la patria y en el exilio). De todas las esculturas martianas solo hay una ecuestre en todo el mundo, la del Central Park de Nueva York, que le honra militarmente: un Martí abatido en una muerte o suicidio premonitorio. La estatua, esculpida por Anna Haytt Huntington, se fabricó en 1958, pero no se inauguró hasta 1965, para evitar que se interpretara como un elogio a la Revolución de 1959. El pedestal negro, con inscripción, pero sin Héroe encima, durmió durante seis años en un almacén oscuro. Una madrugada del 10 de octubre de 1964, un grupo de exiliados cubanos, en protesta por el símbolo recluso, intentaron colocarle encima un modelo de yeso de dos metros de altura. Las dimensiones de la copia obligaron a decapitarla. Sobre el pedestal sobrevivió solo la cabeza de Martí y en el suelo quedó tendido el resto: un caballo con un jinete sin cabeza.

Todos y cada uno de los presidentes de la República de Cuba, sin excepción, hicieron lo mismo. Alimentar un Martí decapitado, apropiarse de su verso y prosa, continuar con la propagación de su doctrina y cabalgar, como jinete sin cabeza, hacia un futuro incierto.

## No lo veo

*Para hacer la paz se necesitan dos; pero para hacer la guerra basta con uno solo.*

*Arthur Neville Chamberlain*

La cena estaba servida a las diez de la noche en punto: filetes de ternera con alcachofas y salsa de alcaparras y limón. Todo tierno. Todo perfumado. Un poco de plancha, un poco de cocción a fuego lento y quince minutos de paciencia. Solo lo justo de aceite de oliva virgen extra, limón y sal; con algo de orégano seco, perejil fresco picado y caldo vegetal. Una receta mediterránea exquisita y sabrosa; de no haberla probado alguna vez, jamás hubiera sido capaz de combinar en la misma receta esos ingredientes. Jana se sentó cuando todo estuvo listo. Se desplomó con ese aire de pesadez que a veces trae del “curro”, modo con el que suele referirse a su trabajo en la escuela, pero esta vez no parecía un acto rutinario, sino más bien un momento especial; trascendental, se podría decir. Se sentó y, como si fuese a masticar piedras con arena, dijo:

-Ramón...

–Dime –atendí con el piloto automático rogando por dentro que no sacara el tema de la independencia.

–No lo veo.

–¿Qué no ves? –pregunté.

–Lo nuestro... No lo veo.

–¡Lo nuestro! –me sorprendió–. ¡Después de veinte años!  
¿Qué es lo que no ves?

Jana no contestó. Yo tampoco sabía por qué le preguntaba porque podía leer, con todo nivel de detalle, lo que quería decir. Ella, la de la mirada inquisidora, directa, evitaba mi cara mientras intentaba vomitar su veredicto y se le atragantaba lo esencial. Se podría decir que sus ojos vagaban por los alimentos, sobre los reflejos del aceite en las verduras, sobre el aroma evaporándose o quizá por los alrededores del plato, pero bien lejos de mi alcance.

–No se, es difícil de explicar, pero... no lo veo.

–Por favor, deja de decir que no ves y dime qué es lo que no ves –Jana siguió en silencio. No creo que pensando en qué no veía, de no tenerlo claro no lo habría mencionado, sino en si merecía o no la pena intentar explicarlo. Su silencio me alteraba cada vez más. No hay peor cosa que no saber. Ella parecía incómoda–. A ver... ¿ayer tampoco lo veías o es cosa de hoy? ¿Qué ha pasado desde ayer hasta hoy, Jana?

Todos sabemos que “de la noche a la mañana” puede cambiar el mundo, caerse una dictadura, decretarse el estado de alarma por pandemia, declararse independiente una nación y a continuación suspender la independencia, estar muerto después de estar vivo, ser o no ser. Es una pregunta estúpida y retórica. Pero las cosas no suelen pasar de golpe, por saltos, sino poco a poco. Lo que parece una discontinuidad es algo que perdimos por el camino. Algo que pasó de largo sin recibir merecida atención.

–Sabía que ibas a preguntar eso.

–Ser previsible tiene sus ventajas. Te ayuda a preparar las respuestas con todo el tiempo de antelación que necesitas.

–Deja el sarcasmo. Esto es muy serio.

–Y tanto Jana. ¿Qué te pasa?

Jana seguía sin levantar la vista del mantel y yo sin poder quitársela de encima. Siempre que algo me contraria me tiembla un párpado. Esta vez me palpitaban los dos.

Empezaba a ver mal, a oler mal. «No lo veo».

–No se. No me veo pasando la vejez contigo.

–Ya estás pasando la vejez conmigo. ¿He hecho algo que no sepa?

–No. Soy yo.

–¿Tú también te quieres independizar? –ironicé y ella hizo una mueca de desaprobación por mi frivolidad. No diría nada. Este tipo de situación inconveniente es como un puzzle mal diseñado. No tiene solución. Pensé que no merecía la pena perder el tiempo en divagaciones dolorosas–. Bien.

Dije «bien» y, aunque no estaba bien, me levanté y me fui. Supongo que así no se despiden los grandes personajes de la historia, pero sí los de mis novelas. Se levantan y se van, sin más. Ahora le llaman *ghosting*. Es un derecho universal. Largarse aunque sea porque te largan. Por defecto era yo quien me debía ir. Fui yo el que llegué. Di por hecho que cuando alguien te dice «No lo veo» es porque, en realidad, no lo quiere ver. No hay nada más que ver. No hay peor ciego que el que no quiere ver. Era una especie de: «Esto no da para más», pero menos traumático, menos sincero, mas portátil y plástico. Terminaba un día redondo. Jana no dijo nada.

Jamás volvería a comer alcachofas y filetes de ternera juntos. Hasta entonces no tenían el más mínimo significado pero, a partir de esa extraña conversación en la cocina, portaron la carga semántica de ese día raro encapotado en el que, sin venir a cuento, Jana decidió dejarme de esa forma tan curiosa como absurda.

Las cosas son así, adquieren valores semiológicos de las maneras más insospechadas. Desde entonces el olor de la salsa de alcaparras y limón activa un pinchazo sordo y ciego en la fibra noble de mi alma, donde duele. El cielo se cubre y sume todo en una gruesa oscuridad donde es imposible ver nada mientras dura.

## **Cómo fundar una nación**

*Hay que destacar con qué rapidez y eficacia se puede construir una nacionalidad con una bandera, unos cuantos discursos y un himno nacional.*

*Nassim Nicholas Taleb*

*Hay que ser honesto para vivir fuera de la ley.*

*Bob Dylan*

*Si los conceptos son entidades manejables, los hombres son realidades irreductibles.*

*Octavio Paz*

*En el nacionalismo la emoción más importante es el odio.*

*Slavenka Drakulić*

Muy importante: si desea crear sus propias reglas debe seguir reglas y convenciones establecidas por otros. Dicho de otra manera, las reglas son inviolables; no puede saltárselas, aunque sea para crear otras nuevas. Otra cosa de cierta relevancia. ¿Se ha preguntado alguna vez si conoce lo suficiente su nación de origen?

Seguro ha nacido en algún lugar con el que comparte unas cosas y otras no, quizá todas o ninguna. Pasa a menudo. Es difícil dar con una nación diseñada a la medida de cada ciudadano. En ese caso, la creación de una nueva nación supone la fractura de esa otra anterior. Es posible que pueda crear una nación a su medida, pero no olvide que no a la medida de los otros. Una buena parte de la población le odiará por ello.

La independencia no es otra cosa que la formación o la restauración de un país inmediatamente después de la separación de otro del que solo formaba una parte. Independencia es ruptura. Así que es importante que tenga, por lo menos, un conjunto considerable de buenas razones a priori para independizarse y crear una nueva nación. Es algo menos arduo cambiar una nación que crear otra nueva, téngalo en cuenta; sobre todo por la pereza que supone pensar en el nombre, la capital (o capitales), los estados o provincias, la lengua, el himno, el escudo, la bandera, la constitución, los derechos,... en fin, toda la parafernalia que constituye la identidad corporativa de una nación. En cualquier caso, la fundación de una nación es una labor espinosa con muy pocas probabilidades de éxito, muchas de fracaso y un altísimo coste humano.

Gran parte de la base para la construcción de naciones en la actualidad proviene de la Convención sobre Derechos y Deberes de los Estados establecida en 1933, también conocida como Convención de Montevideo. El Artículo 1 de esta convención define cuatro reglas básicas de un Estado.

El estado como persona de Derecho Internacional debe reunir los siguientes requisitos:

- I. Población permanente.
- II. Territorio definido.
- III. Gobierno.
- IV. Capacidad de establecer relaciones con el resto de los estados.

En los primeros diez artículos de la Convención de Montevideo se explica que la existencia de un estado es independiente del reconocimiento de otros estados (lo que supone a la larga graves inconvenientes), que este es libre de actuar por cuenta propia (respecto a lo de actuar por cuenta ajena no hace referencia) y que ningún estado tiene la libertad para intervenir en los asuntos de otro (algo que a algunos estados, a lo largo de la historia, les ha parecido del todo nimio e innecesario).

Estas no son leyes en el sentido tradicional jurídico, natural o divino: por eso usted es libre para declararse como un país, en cualquier momento y lugar. Sin embargo, nadie le tomará en serio. No tendrá legitimidad como nación. Así de simple. Tiene que cumplir las reglas.

En primer lugar, una nación necesita de un “lugar”, un territorio, donde pueda hincar una bandera, un espacio que defender incluso con su vida o con la de otros (es lo más habitual y menos traumático) o con la de todos. La nación, para los nacionalistas, está por encima de todo; incluso del resto de las naciones y de la población permanente y también de la Convención de Montevideo.

Crear una nueva nación es misión imposible. Sin lugar, sin tiempo, sin historia, la fundación de una nación es harto complicada. Para empezar, el territorio habitable de la tierra, excepto escasísimas excepciones (como la Tierra de Marie Byrd en la Antártida o el triángulo de Bir Tawil, una pequeña parcela de arena trapezoidal con un pozo ubicada entre Egipto y Sudán), está agotado. Lo que no le ha interesado a nadie en todo este tiempo de ocupación humana es inhabitable y el resto pertenece a otras naciones.

Así que, si no dispone de un lugar en la tierra (la opción por defecto), no se preocupe. No todo está perdido. Considere las siguientes alternativas:

1. Conquiste otra nación de las que existen. Hay muchas naciones insulares muy pequeñas en el Pacífico sin un gran poder defensivo. Todo lo que necesita no es amor, sino un buen ejército, algo de exaltación nacional y el apoyo de la comunidad internacional; aunque debe tener en consideración que gran parte de esta protege a estas pequeñas naciones de intrusos. Para su información: se ha intentado en las Comoras, Vanuatu y las Maldivas, sin éxito. Esas están descartadas. Tampoco es aconsejable las Malvinas, ni el islote de Perejil.

2. Compre un país. Estados Unidos compró Alaska al Imperio ruso en 1867 por aproximadamente 7.200.000 dólares (una ganga para lo que grande que es), Louisiana a Francia en 1803 por 15.000.000 de dólares, el oeste de la Florida también en 1810 (después de que el territorio hubiese proclamado su independencia de España), la Florida Oriental a España en 1819, etcétera. Si es insultantemente rico, puede comprar una isla, aunque es poco probable que los dueños actuales simplemente le cedan la soberanía. John Quincy Adams, secretario de Estado del presidente Monroe, estaba convencido de que las islas de Cuba y Puerto Rico eran apéndices naturales del continente americano y que, por lo tanto, debían acabar bajo la soberanía de Estados Unidos. Los hacendados cubanos no creían que la isla era un apéndice, pero la entrada en vigor de la abolición del tráfico de esclavos les animó al anexionismo. Estados Unidos ofreció a España 100 millones de dólares por Cuba. El dinero lo pondría el Havana Club, un grupo de criollos adinerados, pero España no respondió al acuerdo.

Quizá porque no le pareció suficiente dinero para lo estratégica que era; quizá porque superaba su honor. No cedieron la soberanía; bien cuyo precio siempre sube como la espuma. Fue el cuarto y último intento. Si no puede, como le ocurrió a los Estados Unidos, no intente hipotecarse con un banco. No le concederán el préstamo. Un país corrupto, o mucho más necesitado, quizá sea más fácil de persuadir, pero de todas formas es complicado: un grupo de libertarios intentaron comprar la isla de Tortuga a la empobrecida nación de Haití, pero la petición fue rechazada. Existen ciertas cosas que el dinero no puede comprar. Téngalo en cuenta; por mucho dinero que tenga. No todo está en venta.

3. Encuentre un agujero legal. Recuerde que las fronteras se trazan sobre los mapas, no sobre los territorios. La República de Indian Stream, por ejemplo, se fundó en una tierra entre Estados Unidos y Canadá que no estaba bien definida en el Tratado de París. Duró poco, desde 1832 hasta 1835; pero ahí estuvo, tres años de soberanía, hasta que se incorporó al territorio de Estados Unidos. Si, no fue a Canadá.

4. Busque regiones improductivas para el gobierno local. Los territorios suelen tener zonas nada rentables en disputa. Las autoridades locales puede que no tengan ningún interés en mantener una zona de conflicto improductiva a nivel económico y político. Quizá no sea lo que más le convenga, pero es otra posibilidad. Podría tener una nación de las dimensiones de Andorra o El Vaticano. Hay pantanos y desiertos enormes.

La tierra se ha vuelto un recurso escaso, pero los humanos necesitan tierras nuevas constantemente, las personas creativas (y sin problemas financieros) han comenzado a apropiarse del mar y de la Luna. Considere estas posibles alternativas:

1. Construya una isla. El océano es la última gran frontera. Las aguas internacionales no son propiedad de ninguna nación y esto ha estimulado mucho interés y actividad. Sealand, originariamente creada como base militar en el mar del Norte, cerca de la costa de Inglaterra, durante la Segunda Guerra Mundial, es una estructura del tamaño de un campo de fútbol que albergaba tropas y armamento para atacar a los invasores alemanes. Después de la guerra fue abandonada hasta que en el año 1966 un astuto DJ llamado Roy Bates (cansado de luchar contra el gobierno británico por su estación de radio pirata) se trasladó al territorio para establecerse. La estación nunca más transmitió contenido alguno, pero Bates declaró a la fortaleza flotante como el Principado de Sealand. Levantó una bandera, se autoproclamó príncipe y a su esposa Joan la declaró princesa. Sealand resistió grandes demandas judiciales. En la actualidad aún se mantiene como una nación independiente con príncipe y princesa.

Las Islas Palm, ubicadas en la costa de Dubái, no llegan a ser una nación, pero son un aliciente para los nuevos constructores de naciones. Son apenas tres islas artificiales con forma de palmera que se extienden hacia el golfo Pérsico, construidas para las personas más adineradas del mundo, pero es posible que en algún momento consigan su autonomía.

El nieto de Milton Friedman y el fundador de PayPal Peter Thiel, fundaron Seasteading la cual, más que una nación es una institución con el firme propósito de ser una fundación utópica liberal para traer el libre mercado y poder influir en el gobierno; lo que ellos traducen en un comienzo para la democracia. Friedman y Thiel creen que los gobiernos experimentales e innovadores podrían generar ideas y nuevas formas de gobernar que cambiarían al mundo y para demostrarlo, fomentan la construcción de plataformas marinas con pocos requisitos de construcción, sin salario mínimo y con restricciones ilimitadas a las armas de fuego. Los defensores de esta idea dicen que es la clave para la próxima generación de empresas libres. Los críticos sugieren que los códigos de construcción libres, junto con los trabajadores de bajos ingresos y la gran cantidad de armas, podrían ser la receta ideal para el desastre. Si bien las políticas de Seasteading puedan o no ser de su agrado, más o menos peligrosas o dudosas, no hay dudas de que el océano es realmente la nueva frontera.

La República de Minerva es una isla artificial de arena que un activista millonario apiló sobre un arrecife ubicado en el océano Pacífico, al sur de Fiyi.

2. Compre un terreno en la Luna. Dennis M. Hope es un empresario que ha facturado millones vendiendo terrenos en la Luna, en Venus, Marte y otros lugares del espacio. Venus, Martes y otros le quedará mucho más lejos. Si solo piensa ir de vacaciones no es buena idea invertir allí.

3. Invente una micronación. Si no es tan rico, como para crear tierra sobre el mar o comprar un trozo en la Luna, invéntela (algunas micronaciones reclaman su tierra en planetas o continentes imaginarios). En definitiva, las micronaciones son tan artificiales como las naciones por mucho que se reconozcan entre ellas. El mundo virtual es infinito, téngalo en cuenta.

El territorio es un requisito indispensable pero, teniendo en cuenta su escasez en el mundo real, podría aventurarse a fundar su nación o micronación en el mundo virtual; en la red hay mucha gente variopinta dispuesta a ayudar por amor a la patria o al arte. El ciberespacio es un gran territorio desaprovechado, no explorado, ni regulado, sin límites. Pero debe darse prisa (un curso intensivo de informática básica le vendría bien; si no puede permitírselo compre o piratee el libro *Community management for Dummies* y *Beginning Programming All-In-One Desk Reference for Dummies*, son un buen comienzo). Todas las naciones desarrolladas están muy interesadas en su regulación y limitación. Uno de los requerimientos fundamentales para crear una nación (además del territorio) es contar con una población. En el mundo virtual no tiene por qué preocuparse: es lo que sobra. Las personas interactúan cada vez más tiempo con otras que no conocen, pero que reaccionan como si se conocieran. *Second Life* y *Blue Mars* tienen moneda y constitución propia (también conocida como “términos y condiciones”). Otros mundos más planos, como Facebook (también llamado red social), alientan a la agrupación por afinidad de ideas (como las ideologías de siempre, pero sin la dificultad que genera la definición de izquierda o derecha). El resto de grupos son enemigos en potencia. La población baja y sube pero la comunidad persiste con cierta estabilidad. El impacto de las naciones virtuales crecerá, ya lo hace, y quizá de lugar a identidades nacionales independientes en los próximos 100 años. Lo mejor de estas naciones es que la comunidad no tiene que luchar con armas de verdad, ni por las causas tradicionales, solo insultar y arrasar con la reputación del enemigo, con lo que se puede ahorrar mucho sufrimiento y muerte, imprescindible en las guerras reales. Las naciones virtuales son el futuro de los países en la era de la posverdad.

Las redes sociales no cuentan con una población indígena, pero es sencillo atraer al personal. Necesitará de un curso rápido de *marketing, community manager, coaching* o quizá de inteligencia interpersonal, pero lo conseguirá en poco tiempo. Consultar o pedir en préstamo *Business Coaching and Mentoring For Dummies*, puede ser un buen comienzo. Para empezar, traiga a su propia gente a la nación. Invite a sus amigos y familiares a que se unan a usted en este emprendimiento y tendrá una población pequeña, pero dedicada. Empiece por los más fieles. Ellos se encargarán de seducir a la fracción más reticente, por usted. Luego alcance a los amigos de los amigos. Solo le separan seis grados de libertad y cuatro si lo que les separa es la destrucción y la guerra. Si su constitución es interesante atraerá como moscas a “amigos” de los lugares más inimaginables.

El Estado Islámico, aunque de momento solo es reconocido por sus miembros, controla alrededor de 40.000 kilómetros cuadrados en Irak y Siria, casi el territorio de Bélgica, aunque otros afirman que son cerca de 90.000 kilómetros cuadrados, el mismo espacio en el que reposa el Estado de Jordania. Se podría decir que es un Estado religioso que cuenta con un complejo de ciudades destruidas por ellos mismos aquí y allá, repartido en diferentes lugares, incluso en barrios de naciones europeas, pero su territorio principal es la red. Allí es donde crecen y se multiplican como peces. Las decapitaciones, crucifixiones y asesinatos en masa son su principal baza para atemorizar y disuadir a sus enemigos.

La red es el lugar ideal para encontrar personas que piensen como usted. Dele buenas (o malas) razones para que sean parte de su nueva república y aceptarán sin dudarlos; recuerde que, en general, nadie está contento con la suya.

Podría ofrecer la nacionalidad a cambio de trabajo y dinero, la libertad de tener muchas esposas o maridos, el espacio para despacharse a gusto (sin control), armamento gratis para machacar a sus enemigos, o la oportunidad exclusiva de ser parte del nacimiento de una nación. Debe ser creativo, pero el hombre tiende a agruparse, es sectario por naturaleza. En la unión está la fuerza. No lo olvide, aunque peque de totalitario.

También deberá decidir, aunque sea innecesario, cuáles serán los requisitos para sus ciudadanos. ¿Deben aprobar una prueba de ciudadanía? ¿Cumplir con determinadas leyes? ¿Qué clase de identificación necesitarán? ¿Un pasaporte? ¿Licencia de conducción? ¿Identificadores subcutáneos?

Establezca su Gobierno y una Constitución. El éxito o el fracaso de su emprendimiento nacionalista dependerá en gran medida de su capacidad de liderazgo. Aquí la burocracia es importante; aunque sirva para poco, da la sensación de potencia. Pero la Constitución es imprescindible. Considere el éxito de los Estados Unidos, que se basó en una Constitución clara y bien definida, pero igualmente abierta al crecimiento y a la interpretación. Si tiene dudas, cópiela, péguela y luego adáptela con cuidado de mantenerla abierta en su justa medida (cuidado con el derecho a poseer armas, suele tener mucho éxito, pero puede convertirse en un grave problema con el tiempo). Sin la carta magna es posible que su sociedad, constituida como nación, caiga en el caos y termine con decenas de pequeños estados en lugar de un conjunto perfectamente unido. Su gobierno y constitución deben guiarse por los principios que desee establecer desde un comienzo, pero recuerde que serán los de todos sus ciudadanos.

Declare la independencia. Ahora que ya tiene un territorio, una población y un gobierno con constitución, es hora de declararse independiente. En dependencia de lo que haya preparado para el mundo, existen al menos tres consecuencias posibles:

1. Bostezo colectivo. El mundo podría mirar su declaración de independencia e instantáneamente regresar a ver un partido de fútbol o de béisbol.

2. Bienvenida a la comunidad de naciones, una invitación para participar en la ONU y solicitudes de embajadores y embajadas.

3. Invasión armada. Si su nación entra en conflicto con las fronteras, los tratados existentes, los derechos humanos o cualquier otro protocolo legal, podría llegar a recibir un informe oficial diciéndole que “la nación independiente de su casa” es una comunidad controlada bajo contrato, que no reconoce su soberanía, que debe quitar su bandera del techo o recibirá una invasión por parte de la coalición de las Naciones Unidas solicitándole que se retracte y suba a la camioneta Mercedes a prueba de balas donde le llevarán a La Haya para ser juzgado por crímenes contra la humanidad. Su micronación podría sufrir el mismo destino que la República de Minerva. Poco después de que el millonario liberal y activista Michael Oliver la creara y proclamara su soberanía, la isla fue invadida (con apoyo internacional) y pasó a formar parte del reino de Tonga con el nombre de Teleki. Desconozco si el rico promotor compró los derechos de no dar explicaciones al mundo.

Si el mundo acepta su propuesta le espera un arduo trabajo.

1. Establezca una economía. Las repúblicas bananeras suelen saltarse este paso. Si no comercia en dólares, euros o cualquier otra moneda real o virtual, necesitará crear su propio sistema fiscal. Michael Oliver, por ejemplo, creó el dólar de Minerva; incluso se acuñó una edición especial en plata y oro. ¿Basará la riqueza de su nación en oro, títulos, bitcoins o en un capricho y una oración? Si bien su palabra puede servir de algo entre sus amistades, para afrontar la deuda nacional necesitará de algún tipo de garantía seria. Si se atiene a una moneda ya establecida, de todos modos tendrá que determinar cómo financiar su gobierno y la mejor forma para hacerlo es a través de los impuestos. Con el uso de impuestos su gobierno podrá brindar los servicios esenciales como energía eléctrica, conductos de agua, una burocracia necesaria (tan grande o pequeña como le guste) y un ejército. Vigile los paraísos fiscales, son el primer enemigo en potencia.

2. Forme un ejército. Todos los estados (sean grandes o pequeños) tienen la obligación de defender a sus ciudadanos de los enemigos. Los enemigos son imprescindibles e irrenunciables. Si lo hace a través de una armada permanente, una guardia nacional, un servicio obligatorio o cualquier otra solución de defensa, será algo que deba considerar en el momento en el que cree su Constitución. Mucha gente se sumará con determinación a este cuerpo y estará sumamente atenta del peligro que supone cualquier acción de las naciones vecinas. Su mayor enemigo visible es el que está más cerca. Es casi una máxima. El enemigo de Pueblo Arriba suele ser Pueblo Abajo o Pueblo Próximo. Pero cuidado con los enemigos invisibles. Hay que estar alerta. Siempre.

3. Gane el reconocimiento de la comunidad mundial. Más allá de cualquier problema que podría llegar a tener cuando funde su país (explicado más arriba), deberá ser reconocido como alguien en el mundo. Para hacerlo necesitará el reconocimiento de las otras naciones. Es necesario que sea conocedor de las leyes, la política y la diplomacia internacional. Si no cuenta con estas habilidades, sería prudente que contrate a un gabinete de políticos cualificados para que se encarguen medianamente bien de esta tarea. Costarán caro pero asegúrese, al menos, de su cualificación. Los políticos no cualificados cuestan mucho más caro a la larga. *Diplomacy for Dummies*, se queda corto.

Probablemente este sea el paso más complejo de todos. Algunas naciones, como Palestina, Taiwán y la República Turca del Norte de Chipre cumplen con todos los requisitos necesarios, pero aun así no son reconocidas por muchos países. Aquí no existen reglas, cada país tiene sus propias normas por las que determina el reconocimiento de un país. Existen ciertos factores que pueden tener efecto sobre cómo le ven el resto de las naciones, por ejemplo, su postura frente a Al Qaeda, el comunismo o el capitalismo. También dependerá del enfoque que tenga con respecto a los derechos humanos o el control de los recursos naturales. En Estados Unidos, la decisión de reconocer a una nación la toma el presidente por muy poco cualificado que parezca o sea. Su solicitud dependerá de la persona que ocupe la Casa Blanca en ese momento y sus políticas y preferencias podrían cambiar totalmente cada cuatro años.

Además, para formar parte de la ONU es necesario que ninguno de los cinco poderes (Estados Unidos, Reino Unido, China, Rusia y Francia) nieguen su afiliación. En otras palabras, tendrá que adoptar una posición neutral frente a los problemas controversiales como Palestina, Taiwán, Crimea, etc.

Si vive en Europa o en un lugar cercano, es recomendable que intente solicitar su acceso a la Unión Europea. Esto le asegurará su soberanía en la política mundial.

4. Gestione su imagen. Todos los países necesitan al menos una bandera (un himno un escudo le darán mayor credibilidad), y por supuesto, el suyo no será la excepción. Este es el más importante de todos los símbolos nacionales, pero existen otros símbolos que también le ayudarán a establecer su identidad como nación. Atienda a la siguiente lista:

4.1. Dinero. ¿Cómo lucirá su moneda? ¿Tendrá su perfil atrevidamente grabado en monedas de oro y un holograma 3D en los billetes o usará un icono simbólico como la Estatua de la Libertad o la cara de Charlton Heston? ¿Hará las cosas de forma rápida e impersonal o tallará cada pieza a mano como se hacía en el pasado?

4.2. Sello del estado. Puede usar un lema nacional y traducirlo al latín. Existen muchos programas de traducción en la web; se podría ahorrar a un buen traductor pero, tenga cuidado, un pequeño error puede acabar en una tragedia nacional. Agregue algunos gráficos floridos con un escudo para sugerir que es descendiente de la realeza o indique su misión en su propio idioma y contrate a un diseñador gráfico para crear un logotipo. ¡Un buen logo podría valer más que las joyas de la corona de Inglaterra!

4.3. Correspondencia oficial. Con todas las cartas que escribirá a presidentes, a la ONU, a primeros ministros y a otros jefes de estado, deberá tener un papel de calidad con un bonito membrete en relieve con su sello.

4.4. Himno nacional. Es muy conveniente tener un himno nacional para darlo a conocer en los eventos importantes. Procure que exalte el espíritu nacional hasta las últimas consecuencias y que tenga letra. Así pueden incluirla en los karaokes. Si no consigue un poeta adecuado no se preocupe, hay varios países cuyo himno no tiene letra y han sobrevivido; son más fáciles de tararear (sobre todo en los partidos de fútbol).

4.5. Establezca un idioma. Todo país debe tener un tipo de lenguaje verbal. Pruebe una de las siguientes opciones:

4.5.1. Utilice un idioma existente (p.ej., español, inglés o chino). También puede usar idiomas antiguos (p.ej., jeroglíficos egipcios) o el de una película (como el klingon de Viaje a las Estrellas).

4.5.2. Invente su propio idioma. No es imposible; las personas han creado idiomas como el esperanto y el élfico de El Señor de los Anillos. Si lo hace, asegúrese de que los ciudadanos de su país puedan entenderlo (en otras palabras, enséñeles, sea su maestro).

4.5.3. Combine idiomas. Aunque no lo crea, muchos idiomas actuales comenzaron así.

Por último, algunos consejos poco útiles:

Si su intención es crear un país funcional e independiente, indefectiblemente necesitará contar con la infraestructura adecuada (por ejemplo, rutas, escuelas, edificios, hospitales, estaciones de bomberos, etc.).

1. Asegúrese de mantener relaciones neutrales con las naciones poderosas. Alejarse de Corea del Norte podría ser una buena opción.

2. Involúcrese. Existe una gran cantidad de comunidades en el mundo. ¡Saque su espíritu patriota (o envíe a sus emisarios oficiales) y comprométase! Juéguese la piel, al menos que lo parezca.

3. Estudie a las micronaciones existentes que se encuentren bien establecidas. ¿Qué las hizo exitosas (o qué las hizo fracasar)? ¿Qué puede aprender de estas micronaciones? Es posible que exista algún libro de autoayuda para micronaciones (*How To Start Your Own Micronation*, está en inglés, pero no está mal).

4. Es muy importante establecer un sitio web funcional, de ser posible, con un blog que haga de servicio de noticias. También podría ser una buena idea crear artículos Wiki, existen muchas wikis de micronaciones para usar; ¡pero no olvide que su nación debe ser más que un sitio web y un artículo en la Wikipedia!

El micronacionalismo es un pasatiempo, pero también es algo serio que involucra a gente de todo el mundo. El respeto es la clave para lograr la paz. La intolerancia es la clave para alcanzar la guerra. No lo olvide; establézcalo en uno de los primeros artículos de su Constitución.

5. Únase a una organización. Existen algunas organizaciones específicamente creadas para tratar con micronaciones y personas que intentan crear sus propios países. Podría ser una organización más general, del estilo de la ONU, como la Organización de Micronaciones Activas o la Liga de los Estados Separatistas o podría tener objetivos más específicos, como la Sociedad de Cartografía Micronacional. Esta podría ser una gran forma de conocer a otros micronacionalistas que podrían ayudarle a usted y a su micronación de muchas maneras diferentes. ¡Incluso podría crear la Federación Unida de Micronaciones!

6. Revise las restricciones de su ciudadanía. Si es ciudadano de los Estados Unidos: si tiene algún título en otro país que no sea Estados Unidos, excluyendo ciertos países que permiten tener doble ciudadanía pero, incluyendo una micronación, perderá la ciudadanía de Estados Unidos. Este no es un tema para bromear.

Advertencias.

Si actúa demasiado en serio, los gobiernos existentes podrían verle como a alguien que quiere iniciar un movimiento secesionista por convicción y no como alguien que quiere crear un país por diversión o por algún otro interés difícil de explicar con palabras. La mayoría de los países cuentan con un ejército permanente que podría acabar fácilmente con una micronación incipiente.

Bueno, a estas alturas, ya tiene, por lo menos una idea aproximada de cómo crear una nación, pero esto no significa que tenga el éxito garantizado. No me hago responsable. Lo más probable, a juzgar por las escasas probabilidades de éxito, las altas posibilidades de fracaso y el altísimo coste humano, es que le salga un país de mierda.

## **El vals de la independencia**

*Reírse de todo es de estúpidos. No reírse de nada es de tontos.*

*Groucho Marx*

*El fin de la religión, de la moral, de la política, del arte, no viene siendo desde hace cuarenta siglos más que ocultar la verdad a ojos de los necios.*

*Enrique Jardiel Poncela, Libro del convaleciente*

Ese martes, el día de la inauguración de lo que parecía ser el gran desastre sentimental de mis últimos veinte años, había preparado esa cena especial de alcachofas y filetes de ternera, porque, he de reconocerlo, me sentía fatal. Esa fue la razón. El procés me estaba consumiendo; mucho más de lo razonable, mucho más de lo deseable, mucho más de lo imaginable. Me sentía mal; mucho más de lo saludable. Me sentía enfadado, traicionado, engañado, subestimado, utilizado; mucho más de lo aceptable. Sabía que no era bueno. Independizarse por independizarse no podía ser bueno, mucho menos camuflado por tanta palabrería mamada del Manual del patriota barato. No tenía sentido que sufriera por lo que no podía cambiar.

La bola había crecido sin rodar un solo metro, sin cuesta siquiera por donde rodar. Lo sabía. No podía hacer nada por enmendar esa locura irremediable, pero sí por la mía. Si por mí. Ese plato de alcachofas y filetes de ternera era uno de los preferidos de Jana. Afuera todo parecía arder. Había chispas, gasolina y leña por dondequiera. Quise relajarme en el fuego de la cocina y sorprenderla como si eso pudiese mitigar, ablandar o ignorar, todo lo demás. Quise ignorar a los independentistas justo ese día que, mientras preparaba la cena, a las 19:41, habían declarado de manera unilateral su independencia y, en menos de un minuto, su suspensión.

El procés había empezado hacía ya rato, quizá siglos atrás. Quién sabe cuándo empezó todo. Pero justo ese día, el fatídico día del ridículo político más breve y soberbio de la historia reciente, Cataluña fue independiente menos de un minuto. Un hecho muy breve con unas consecuencias desastrosas. Se veía venir. Día a día, el pulso aumentaba. Los independentistas encendían nuevos faroles. Fanfarroneaban, amenazaban. Sabían que jugaban fuera de la constitución, que el referéndum era ilegal, pero no podían parar. Ya no eran españoles. Quién sabe desde cuándo. Nada ni nadie podía ya pararlos. Se esfumó el sentido común. Se ensalzaban a unos y se vilipendiaban a otros en una espiral de violencia que, a pesar de que no iba a ninguna parte, no paraba de crecer. Eso me cabreaba, decepcionaba y encendía más; aún si cabe. Ese era el plan. Había tenido la mayor parte del día los párpados temblando, los pelos tiritando, las uñas masacrando las palmas de las manos. Se había perdido la razón, el norte, la legitimidad, el tino.

Dos horas antes de su proclamación, la presencia policial en aeropuertos, estaciones de trenes, pasos fronterizos y edificios había aumentado con creces, mientras la Asociación Nacional Catalana, la ANC, llamaba a “todos” los catalanes a “rodear” el Parlament bajo el lema “Hola, República”.

En su discurso, Puigdemont declaró:

Como presidente de la Generalitat, asumo al presentarles los resultados del referéndum ante el Parlamento y nuestros ciudadanos, el mandato de que Cataluña se convierta en un Estado independiente en forma de república.

Los nacionalistas, los independentistas y todos los separatistas recibieron estas palabras como una proclamación de independencia y aplaudieron, sin interrupción, durante 34 segundos. Tras la ovación de Junts pel Sí, aunque no de la CUP, Puigdemont siguió con su discurso. Tardó 22 segundos en pronunciar la frase siguiente en la que suspendía la independencia que acababa de proclamar:

El Gobierno y yo mismo proponemos que el Parlamento suspenda los efectos de la declaración de independencia para que en las próximas semanas emprendamos un diálogo sin el que no es posible llegar a una solución acordada.

Así de corta fue la felicidad del independentismo y así de larga la infelicidad del resto. Así de breve. Así de absurda.

Cuando Frédéric Chopin compuso “el vals del minuto”, una pieza para piano en Re bemol mayor, casi nadie entendió que la interpretación debía durar menos de un minuto. Algunos le llamaron a la misma pieza “Vals del perrito”, evitando toda referencia a la duración.

Chopin lo improvisó mientras su esposa Amantine (Aurore Lucile Dupin, baronesa de Dudevant), novelista conocida por el pseudónimo de George Sand, le indicaba la gracia rítmica de un perrillo jugueteando para morderse el rabo. A pesar de eso, la melodía de la mano derecha no debe tocarse a imitación de un perro que persigue su propio rabo. Tampoco casi nadie lo entendió así. Cada cual entiende lo que quiere. El autor nunca es responsable de lo que entienda o no el espectador. Esta pieza tan exacta y juguetona es una especie de fiesta corta para unos, mientras que deja entrever la soledad eterna de Chopin para otros.

Quien sabe cómo será interpretado en el futuro el “Vals de la independencia” que improvisó Puigdemont; si fue demasiado corto o demasiado largo, si imitaba a un animal que perseguía su propio rabo o si simplemente dejaba entrever su eterna soledad.

Dos días después de aquel martes fatídico, la Universitat de Barcelona me envió un email en el que declinaban la renovación de mi docencia en el Máster de Literatura Comparada. Me enteré casi tres meses después, pero era una muerte anunciada. Tarde o temprano ocurriría. Nunca estuve a favor de “la independencia” y nunca lo oculté.

No es posible ser dependentista. No se trata de desear la dependencia. Por eso los Catalanistas me llamaban Españolista, ni siquiera constitucionalista, y me hubieran llamado reformista e incluso facha o lo que hiciera falta, para diferenciarse de mí. Yo solo estaba harto e incapacitado para perder el tiempo en dar explicaciones que nadie quería atender. La Bolsa también marcó ese minuto de independencia en su nervioso trazado. Cuando Puigdemont empezó su discurso, el IBEX cotizaba con tranquilidad el mercado de futuros. Mientras en el Parlamento los diputados independentistas aplaudieron eufóricos, el IBEX cayó un 0,71%.

Cuando Puigdemont dejó sin efectos la frase que acababa de pronunciar, volvió la subida. Ese pincho negativo enviaba un claro mensaje que tampoco nadie quiso atender.

El 10 de octubre de 1946, Albania recobró su independencia; pero el 10 de octubre de 2017, Cataluña fue independiente solo desde las 19:41 h hasta las 19:42 h. Todos los niños que nacieron en ese intervalo de tiempo se quedarán para siempre sin tener claro de dónde eran. Unos padres dirán que españoles y otros catalanes, a pesar de haber nacido en la misma región, en el mismo hospital, en el mismo minuto.

El 10 de octubre de 1868 el terrateniente independentista Carlos Manuel de Céspedes y López del Castillo inició la Guerra de los Diez Años en Cuba. La independencia era tan importante para su futuro, que liberó a sus esclavos y les invitó a levantarse en armas, junto a él, contra el gobierno de España. Céspedes se licenció y doctoró en Derecho en la Universidad de Barcelona. Justo en aquel momento en el que unos lloraban de alegría y otros de tristeza, justo cuando todos flipaban, me acordé de aquella fecha con la que nos machacaron matutino tras matutino durante toda la infancia de pioneros, durante toda la adolescencia de estudiantes federados, e incluso durante la madurez estudiantil universitaria como el día más memorable de la Historia de Cuba. El Día de la Patria es algo que vaga sin remedio, ni puerto, por el océano de mi cerebro y en ese minuto, de repente, chocó con el submarino Puigdemont y salió a flote. El día más memorable de la Historia de Cuba. El día más despreciable de la Historia de Cataluña. Puigdemont, nieto y bisnieto de jienenses y almerienses, casado con una rumana, no tenía esclavos ni ingenio como Céspedes. Solo animó a los catalanes independentistas a la desobediencia civil con el referéndum ilegal de autodeterminación del 1-O (numerónimo de 10 de Octubre); según él, una herramienta democrática, para “recuperar sus derechos” al Estado Español.

El 12 de Octubre me expulsaron, del mismo modo, de la editorial donde trabajaba como asesor; algo que también tuvo que esperar tres meses sin mi conocimiento. Prefirieron pagar una indemnización que soportar mi posición apátrida y ese era mucho más que un buen día simbólico. Un 12 de Octubre de 1492, la expedición capitaneada por Cristóbal Colón arribó a la isla Guanahaní, en el archipiélago de las Bahamas. “En estas islas no he hallado ningún hombre monstruoso, como muchos pensaban”, escribió en su informe oficial. Sin tenerlo del todo claro, se iniciaba una larga relación entre los continentes europeo y americano. El escritor Ramiro de Maeztu en un artículo titulado *La Hispanidad*, afirmó: “El 12 de octubre, mal titulado el Día de la Raza, deberá ser en lo sucesivo el Día de la Hispanidad”. Así, de esta manera tan poco convencional, coincidió la Fiesta Nacional de España con mi segundo despido.

La vida, tal y como la había conocido en casi treinta años de exilio, había llegado a su fin; aunque en ese momento no lo supiera o no lo tuviera del todo claro. Pasé de tenerlo “todo” a quedarme sin “nada” en un tiempo comparable al que duró la República independiente de Cataluña. La vida es así de imprevisible. Te la juega sin avisar y se ríe. Te tienta y se esconde. Te reta y se divierte. Pero tampoco es para tanto. Depende de lo que signifique “todo” y “nada”; de la capacidad que tengas de separar lo importante de lo superfluo, lo esencial de lo banal, lo bueno de lo malo.

A escasos años de la jubilación un despido parece muy grave, pero los escritores tenemos la suerte de vivir más que el resto de los mortales y de jubilarnos mucho más tarde. “Todo hombre nace y muere varias veces”, dijo o escribió Octavio Paz alguna vez. No lo se. Los escritores morimos y nacemos incluso varias veces al día. La muerte y la vida se presentan, no como dos caras de la misma moneda, sino como una moneda de una sola cara.

Estamos condenados a vivir la vida de otros, al travestismo, al voyeurismo, a la existencia prestada y pasajera. Pero el trabajo de escribir depende menos de lo que escribes que de lo que has escrito (algo que no alcanzan a comprender del todo la mayoría de los escritores); en realidad, puedes ganar mucho más con literatura de segunda, abusando del anonimato y de la falsa identidad, para evitar la vergüenza y la deshonra (algo que requiere de mucho cinismo y de, más aún, confianza). Un mal escritor es como un idiota; solo puede aparentar ser inteligente, pero jamás podrá escribir bien. Un buen escritor puede fingir ser un imbécil y escribir tan mal hasta llegar a convertir su historia en *best seller*. La página en blanco es un pretexto, como el gato negro y la pantalla en blanco. Lo del miedo a la nada queda para los esquizofrénicos y los mediocres. El vacío no tiene la culpa que tu poco ingenio no pueda llenarlo.

El día que desperté, decidí empezar a escribir el proyecto siempre postergado, siempre a la espera, siempre autocensurado: *Retrato de un país de mierda*.

## **Fue algo mágico, extraño, divino**

*Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

*Garcilaso de la Vega*

El día que Cataluña ganó y perdió su independencia en menos de un minuto y desaparecí a los ojos de Jana, justo antes de la medianoche, recogí los libros y las publicaciones que me servían de referencia en lo que estaba trabajando y el ordenador y partí rumbo a mi casa de Figueras. Era el único lugar al que podía, y siempre quería, regresar. El único lugar al que realmente podía llegar.

Podía ir en tren, también en autobús, pero decidí coger el coche; llegaría en menos de una hora. Recuerdo que tomé la AP-7 y que todo era tranquilidad y silencio, lejos del barullo y la luces de la demencia independentista. Mi casa de Figueras fue una vez mi casa con Roberta. Mi malograda Roberta. Fue ella la que me trajo hasta aquí desde La Habana hace ya casi 30 años.

La conocí en Madrid, donde vine invitado por el Departamento de Lengua Española y Teoría de la Literatura y Literatura Comparada (sí, tenía un nombre así de vasto) a dar unas charlas acerca de la Literatura Virreinal y Cubana.

Roberta llegó desde Figueras, donde vivía, interesada por esos orígenes tan difusos en que la cultura empezó a dejar de ser Española para ser Cubana.

Durante el primer café de aquella maratoniana exposición por capítulos se dirigió a mí en perfecto español y me ametralló con preguntas. Conocía al detalle la obra de José María Heredia, José Martí y Julián del Casal, pero estaba mucho más interesada en la obra de José Lezama Lima, Reinaldo Arenas y Severo Sarduy; autores mucho más lejos de todo. Me sorprendió con los compartimentos de su afinidad literaria así que cuidé, con mucha más delicadeza y mesura, cualquier opinión que saliera de mi boca. Hablamos durante todo ese intermedio y también durante todos los cafés que duró el encuentro y durante todas las comidas y cenas programadas. Hablamos y hablamos sin parar de hablar, con unas ganas insaciables de hablar, con una mala educación imperdonable. Se podría decir que durante aquella semana habíamos hecho, más que una conexión intelectual, una conexión universal que excluyó a todo el resto de comparecientes.

–¿Por qué no se queda más tiempo? –me preguntó casi al final de mis sesiones–, tengo muchas más cosas que preguntarle.

–Debes tutearme. Tienes que tutearme –insistí con confianza; a esas alturas resultaba del todo extravagante que me tratara de usted.

–Me encantaría, pero no puedo –sonreí por su ocurrencia. No quedaba mucho tiempo ya para gentilezas. Nuestros viajes (y me refería a los viajes de los cubanos) nunca eran abiertos; cada peripecia tenía fecha de salida y de entrada con sus respectivos permisos del Departamento de Emigración del Ministerio del Interior.

Supuse que, dada su profunda curiosidad y conocimiento acerca de la literatura cubana, lo sabría. Supuse que también sabría que violar la visa de entrada suponía la consideración de abandono del país con la correspondiente pérdida de todos los escasos derechos que detenta el ciudadano privilegiado que viaja al exterior y la imposibilidad de retorno; algo así como un destierro voluntario. Pero Roberta no tenía por qué saberlo y quizá no lo supiera. No son cosas divertidas, ni lógicas, ni coherentes. Tampoco se yo cómo funcionan los visados en Marte o Mercurio.

–Iré a verte –dijo con un convencimiento encantador e ingenuo, con toda confianza.

–Estaré encantado de recibirte y de poner a tu disposición todo lo que esté a mi alcance –un eufemismo que solo quiere decir: cuenta con mi entera voluntad de recibirte. Te ofrezco mi casa y mis libros, que es todo lo que tengo.

–Solo iré a verte. La literatura es más asequible desde fuera. Excepto la tuya –La miré con asombro mientras me preguntaba cómo había podido llegar un ejemplar mío a sus manos. Ella sonreía disfrutando de la pausa. Solo había publicado una novela corta en la Editorial Letras Cubanas–: *Libres de color*.

–¿La has leído? –pregunté no porque no supiera si la había leído, sino por la sorpresa que me producía de que mi insignificante obra, que pasó más bien con pena que gloria en Cuba, hubiera llegado a manos de una italiana. Quería escuchar cómo sonaba en su boca que sí, que había leído mi novela.

–Es mi libro de cabecera –respondió y los ojos me temblaron y después las piernas y no pude evitar una lágrima. Apenas quedaba nadie en aquel inmenso auditorio; solo unos pocos alumnos en lenta retirada al fondo de los pasillos.

–Perdona –le dije y escapé por una puerta estrecha a un lateral donde nadie pudiera verme. Roberta me siguió y me abrazó sorprendida en un gesto involuntario y sincero y entonces lloré de verdad. Toda la pena que gravitaba dentro de mí, imprecisa e incógnita, contenida y reclusa, se desplomó como cuando un río vence a un dique. Nadie se imagina cuánta pena es capaz de cargar sin que pese. Estuvimos así quién sabe cuánto. Ella también lloró (no se si por su pena o por pura empatía) y ese momento, que quizá fue un minuto o quizá fueron diez, nos apretó mucho más que aquel abrazo. Fue algo mágico, extraño, divino. Una especie de magnetismo nos pegó con una inherencia hermética, pero los momentos no hablan, solo avisan. En ese instante supe que la volvería a ver, tal y como ella había asegurado.

En eso pensaba cuando leí en un cartel Gerona 10 km y todo se apagó de repente.

## Primero muerto

*Un hombre cuenta sus historias tantas veces que al final él mismo se convierte en esas historias. Siguen viviendo cuando él ya no está. De esta forma, el hombre se hace inmortal.*

*Billy Crudup, Will Bloom*

*Ser inmortal es baladí; menos el hombre, todas las criaturas lo son, pues ignoran la muerte.*

*Jorge Luis Borges*

Ahí estaba él, vestido con un mono azul y sombrero bowler negro. Se había dejado un largo chivo blanco y sedoso. Nunca antes le había visto con barba. Me quedé observándolo detrás de la reja. Parecía una especie de gurú oriental, flaco como una vara de bambú, sabio como un recién nacido. Todos le reían la gracia. Todos le celebraban. Cualquier cosa que decía era motivo de atención, risas y carcajadas. Uno del grupo se percató que le observaba; como si quisiera llamarlo sin hacer ningún gesto. Yo también sonreía. No tenía ni idea de lo que decía, pero daba igual. Él era la risa. Era gracioso; como un actor de cine mudo o un mimo. Con los gestos le bastaba para hacerme reír aunque no supieras de qué, ni por qué.

El chico le hizo señas para que se volteara y me mirara. Le costó entenderlo porque yo solo estaba ahí agachado tras la verja, sin moverme, observándolo, disfrutando de aquel momento. Cuando me vio pude oírle decir al grupo: –Es mi mujer –y todos rieron a carcajadas porque yo era bastante parecido a un escaparate–, se disfraza así para vigilarme –dijo como si el primer comentario requiriese de alguna explicación–. ¡Ah no, es mi marido!

Todos seguían desternillándose de risa mientras él caminaba hacia la salida y yo me acercaba a la entrada. Quería abrazarlo. Todo ocurrió en cámara lenta, sin tiempo, ni gravedad, solo regocijo y espacio. Él avanzando, yo apurando, a la vez que reconociéndonos, extrañándonos, riendo. ¡Cuánto habíamos cambiado! Su grupo también nos vigilaba mientras desaparecía.

Manu no era indiferente a nadie, ni diferente a cualquiera. Al alcanzar la puerta, justo donde coincidían nuestros caminos, nos abrazamos. Él me apretó y sacudió la espalda con unos manotazos. Algo estremecedor porque él estaba muerto y yo vivo. La risa se detuvo dando paso al llanto y todo se borró con un sonido sordo y un aire frío que provocaba sudor, en un instante imposible de medir. Estaba solo.

–Por tu amor no llores –dijo–. Van a confirmar que estás loco.

–Menuda noticia. Últimamente todos creen que estoy loco.

–¡En serio! ¡Últimamente!

–Mi mujer pensó que estaba loco y “me fue”. “La editorial” pensó que estaba loco y me cesó. La Universidad pensó que estaba loco y me echó.

–Usted siempre ha estado loco hermano –dijo y comenzó a cantar un poema de Suso Sudón que yo desconocía.

*Solo los locos  
pueden asegurar con certeza  
estar cuerdos.  
Solo los locos.  
Solo los locos apartan del camino  
las piedras en las que tropiezan.  
Solo los locos  
saben lo imperfecta que es la perfección,  
solo ellos  
saben poner en duda el sentido común,  
desordenar el tiempo,  
perder la partida para poder ganar.  
Solo los locos.  
Solo los locos colocan  
deliberadamente las piedras otra vez en el camino  
por el puro placer de tropezar de nuevo.  
Solo los locos vuelven a empezar  
con la pasión de los niños  
aquellas empresas que dejaron a medias.  
Solo los locos  
toman las riendas de sus instintos animales  
para cabalgar hasta estrellarse con el horizonte.  
Solo los cuerdos tienen miedo.  
Solo los locos se vuelven locos por lamerle las heridas a otros locos.  
Solo los cuerdos están muertos.  
Solo los locos viven adrede  
y arriesgan la vida  
para no volverse cuerdos.  
Solo los cuerdos  
están locos.*

–No sabía que te gustaba la poesía, mucho menos el canto.  
–Yo tampoco. Morirse tiene su parte buena.

–Coño Man –dije sustrayendo la “u”, como siempre–... Cuando me enteré... me dieron ganas de matarte –Él sonrió en apenas una mueca.

–A mí también me dieron ganas de matarme. Pobre Albita. Mira que se lo advertí... Que cualquier día podía pasar.

–Por mucho que sabemos que pasará... Nunca se está preparado... ¿Sabes?

–A mí también me dan ganas de matarte ¿sabes? –Un tufo de humo negro brotó de una vieja guagua Leyland. El aire se hizo irrespirable. El calor y el ruido de los motores rugiendo ayudaron. La gente se tapaba como podía la boca y la nariz al pasar; haciendo gestos de náusea, asco e incredulidad. Era un lugar extrañamente familiar y desconocido, más bien era una especie de sensación–. La gente te está mirando. Creen que hablas solo. No me extraña que piensen que estás fundi’o. Aunque aquí... hay una tostadera que pa' qué.

–¿Y ahora qué?

–Tú de verdad pensabas que te iba a dejar en paz. De eso nada monada. Ahora puedo hacer lo que me de la gana. Puedo estar dónde me de la gana. Soy omnipotente.

–Omnipresente.

–Las dos cosas. Puedo hablar toda la pinga que me de la gana sin consecuencias. No me pueden meter preso, ni hacerme un mitin de repudio, ni acusarme de ni pinga. Ya te dije que esto de morirse tiene su parte buena. Ya lo verás.

–No pienso llorarte de nuevo, que lo sepas.

–Nadie te manda a ser tan sentimental.

–Por cierto... ¿De dónde sacaste esa sombrero tan ridículo?

–Eeeehhh, un poco de respeto para los difuntos. Que yo no te pregunto de dónde sacaste esa camisa con flores. Que pareces un...

–Tú no cambias.

–De eso nada. Primero muerto.

–Primero muerto.

## La última escena

*El peligro del odio consiste en que nos ata al adversario en un estrecho abrazo. En eso radica la obscenidad de la guerra: la intimidad de la sangre que se mezcla, la lasciva proximidad de dos soldados que se apuñalan y se miran a los ojos.*

*Milan Kundera, La inmortalidad*

Abrí los ojos y pude ver a mi hijo Fabio. Lo digo como si tuviera muchos hijos, pero solo tengo uno: Fabio, mi hijo con Roberta. Seguí mirando y pude comprobar que no tenía ni idea de dónde estaba.

–Tranquil pare.

–¿Qué pasa? ¿Por qué estamos aquí?

–Vas tenir un accident però afortunadament has tornat – respondió y sonrió. Con Fabio podía hablar en español, inglés y francés, pero él solo quería hablar en catalán.

–Joder Fabio, cuantas veces te voy a decir...

–Vale, vale papá. Perdona. Estamos en un hospital, llevabas tres meses en coma, pero has vuelto. Espera un segundo que voy a llamar a la enfermera...

–¿He vuelto? ¿De dónde he vuelto?

–Si papá. Tuviste un accidente con el coche –Fabio pulsó un botón que colgaba al costado de la cama.

–Estoy un poco mareado.

–Normal papá, llevas acostado mucho tiempo. No te muevas.

La enfermera llegó y ordenó salir a Fabio de la habitación mientras ella empezó a palpar aquí y allá, a leer los aparatos y a preguntar sin parar. Podía verlo en el pasillo a través de la persiana entreabierta, con su pelo casi blanco por el cloro de la piscina mientras hablaba por teléfono, seguramente con Jana o con Cora. En breve tenía un corro de médicos, asistentes y estudiantes rodeando la cama repitiendo algunas preguntas, haciendo otras nuevas y observándolo todo. Pensé que esta situación debía ser lo más parecido a nacer de nuevo.

Una vez se marchó la comitiva, Fabio entró de nuevo sonriendo.

–Jana viene para acá –anunció.

–¿Jana?

–Clar pare, Jana –respondió y ante mi reacción con el ceño continuó–. ¿Es que no te acuerdas? ¿No sabes quién es Jana?

–Claro que se quien es Jana. Si mal no recuerdo me iba a Figueras porque Jana me había dado una patada en el... ¿A qué viene?

–No se papá. Me enteré de tu accidente ese mismo día. Los mozos de escuadra me llamaron por la madrugada para avisar que estabas aquí. Desde entonces entre Cora y yo hemos estado pendiente de ti, aunque Jana también se ha preocupado desde el principio. Llama todos los días y viene casi todos los domingos. Cada vez más...

Jana no le dijo a Fabio que ese día fatídico había dejado de verme. Por alguna razón, porque ella no tenía ninguna culpa de lo sucedido, prefirió dejar en una nebulosa confusa en qué momento nos habíamos separado. Fabio no pareció extrañarse.

Jana era lo más parecido a una madre que había tenido, pero quizá él tampoco lo veía, aunque nunca dijo nada. Él es así de discreto para todo a pesar de su pelo blanco.

Cora llamó y hablé con ella. Se alegraba de lo que parecía mi regreso al mundo de los vivos. Ella también solía hablar en catalán pero, a diferencia de mi hijo, conmigo nunca. –He rezado por ti –me dijo, y se despidió prometiéndome venir en cuanto terminara “su turno” colgando con un beso. Entonces apareció Jana, se abalanzó sobre mí en la cama y me abrazó llorando. Era extraño porque recordaba perfectamente su cara de seta cuando me dejaba y ahora parecía que me recogiera. Le agradecí su preocupación.

–Puedes volver a casa –me dijo con un gesto facial que no conseguí diferenciar entre la compasión y el anhelo; como si hubiera sido yo el que se hubiera ido. Pero, aunque me perdí tres meses de película, recordaba con nitidez meridiana cuando, sin mirarme a los ojos, me dijo que no veía nuestro futuro y me animó a marcharme. Solemos cartografiar a la perfección lo que menos nos conviene para no evitarlo. Debe ser un defecto evolutivo.

–¿Qué ha pasado Jana? ¿Qué me he perdido en estos tres meses? Porque lo último que recuerdo es que me largaba porque tú no veías lo nuestro después de veinte años, justo el día de esa ridícula independencia de un minuto, acompañada de uno de tus platos preferidos: filetes de ternera con alcachofas y salsa de alcaparras y limón.

–Lo siento mucho Ramez. De verdad, estoy muy arrepentida.

–¿De qué estás arrepentida?

–De todo. A mí también me hirieron –quizá era una manera de confesar: la estropeé, me equivoqué, repartiendo con generosidad, con más tufo a víctima que a verdugo; como si hubiera sido yo el repartidor de daños.

Es increíble que, estos tres meses, estaban vacíos del todo. Eran como una pausa larga a un reproductor de vídeo que ahora continuaba la película desde la última escena. Recordé que no me dolió lo suficiente como para odiarla. No la odié por eso. No se puede odiar a quien quieres. No sentía rencor. Me dolió de verdad todas y cada una de las veces que quiso quedarse embarazada y no pudo. Me dolió en particular, en especial, cuando lo consiguió una vez y se alegró tanto y me dijo que era el hombre de su vida y luego abortó de manera natural. Me dolió más que no sintiera que fuera tan importante en mi vida y que lo callara. Me dolió mucho más todo el sufrimiento que supuso la terrible depresión en la que cayó cuando le diagnosticaron esa menopausia precoz que le cambió para siempre. Lo único que me dolió de aquel momento, y que ahora continuaba doliendo, fue lo que no veía, lo que no vio, la respuesta que no quiso dar. Jana se había enamorado, encaprichado o encantado, da igual, de otra persona; algo que pasa todos los días, pero que Jana me dejó de tarea. Algo tan egoísta que el amor damnificado merece muerte súbita, esfumación ipso facto, porque ya no es amor. No es nada. No me dolió que se enamorara, encaprichara o encantado, de otra persona, sino que se comportó como el resto de los ciegos que no ven porque no quieren. Lo entiendo. Como muerto de su felicidad la perdono. La farsa hierde más que la sinceridad. Que un ciego no vea porque no puede tiene explicación; que no vea porque no quiere, tiene delito. Quizá me quiso evitar el disgusto. La mayoría de las personas berrean de odio cuando se sienten engañados. Los celos deben ser algo genético, alguna intriga de la naturaleza, algo extraño. Pero, aunque para mí era reciente, al parecer para ella no duró demasiado. Eso también duele.

—Estoy sola Ramez, muy sola. Vuelve a casa por favor.

–No puedo Jana. Recuerda que yo aún me estoy yendo. Eso hacía cuando perdí la conciencia. Necesito ese tiempo que has tenido.

–Espero que tu decisión no tenga algo de venganza.

–La venganza no sirve de nada Jana... nunca. Supongo que estás bien mal cuando antes de cerrar los ojos querías que me fuera y al abrirlos ruegas que vuelva. No quiero joderte más, pero ponte en mi lugar. No soy un balón que lo golpeas y va a una portería y lo devuelven y va a la puerta contraria. Necesito procesar todo esto. A lo mejor tienes razón y era yo quien no veía, a lo mejor no. Pero ahora mismo nada más te puedo decir. No llores por favor. Acabo de resucitar; lo que para ti es pasado, para mí es presente.

–Me equivoqué... Se que me va a pesar. Ya me pesa.

No dije nada. Cerré los ojos y me dormí. Jana pensó que había muerto porque no era una siesta, ni un sueño de cualquier noche. Me dormí con tal profundidad, que ni siquiera desperté cuando me inyectaron. Ni siquiera sabía si me faltaba algún miembro, si podía orinar o defecar por mis propios medios, si hacía frío o calor. No sabía si tenía dos piernas o una sola, una oreja o dos o tres narices. Estaba entumecido. Quizá era un shock o los medicamentos. Quizá esa vuelta llena de emociones. Nunca tuve buen despertar. Lo reconozco. No quería pensar en nada, ni en nadie. Quería seguir bajo el agua, como hasta ahora; como un pez en la profundidad del océano, lejos de la luna y del sol; como una sombra tras la puerta, lejos del frío y del calor; como un sensación en el viento, lejos de todo.

## **Libres de color**

*Los libros tienen los mismos enemigos que el hombre: el fuego, la humedad, los animales, el tiempo y su propio contenido.*

*Paul Valery*

El protagonista de mi ópera prima, *Libres de color*, era el primer negro esclavista e independentista de la historia de Cuba. Don José María Clavel, como se hacía llamar por sus súbditos, llegó a tener una dote de unos cincuenta esclavos que puso a la disposición de la Guerra de los Diez Años y se levantó en armas con la primera República por la independencia de la patria.

José María, el personaje, aspiraba a convertirse en un general mambí, pero no imaginó que ni siquiera llegaría a figurar en los anales de la historia. Nadie quiso manchar la historia de Cuba. Fue el primer esclavista independentista indocumentado de la historia de Cuba. Nunca supo por qué no le aceptaron; apenas llegó a alférez del Cuarto Cuerpo del Ejército Libertador con base de operaciones en Las Villas, y no fue por su gallardía, tan valiosa en cada escaramuza, sino por el aporte de su dotación.

El negro “Don” José María, en el descanso de cada contienda, era servido por sus antiguos esclavos en la más absoluta normalidad. Sentado en su siempre inmaculada hamaca, fumando un puro de los tantos que se torcieron en su plantación, sorbía el oloroso y fuerte café que tanto le gustaba y al que no estaba dispuesto a renunciar, en su taza de porcelana francesa de Limoges pintada a mano con rosas y oro. Era un hombre fuerte, enérgico y rotundo capaz de provocar la mayoría de las bajas en el enemigo y de saborear los sutiles placeres de la ostentación en campaña; capaz de provocar sudor con solo su presencia. Él, siguiendo el ejemplo de Céspedes, decretó la libertad a sus esclavos cuando se unió a la contienda, pero ninguno de sus esclavos se atrevió a renunciar del todo a su esclavitud. Él era el propietario de sus voluntades. Al curioso hacendado no le supuso conflicto de conciencia alguno; tampoco a otros grandes latifundistas blancos devenidos en mayores generales de la Guerra de los Diez Años. Era la época, el contexto, dirían los historiadores. Como un padre de familia ejemplar que acude sistemáticamente al prostíbulo, José María luchaba por la patria y mantenía a su servidumbre en servicio. Los esclavos y esclavas debían cortar cabezas, costillas o lo que fuera que alcanzasen con sus machetes, encargarse de su higiene personal y manutención, e incluso de la satisfacción de sus exigentes necesidades sexuales. Algo que más bien era recibido con envidia por sus incómodos compatriotas que solo se tenían a ellos mismos.

José María Clavel no era bozal. Era un criollo nacido, como Cecilia Valdés, de la lujuria de un rico hacendado con una criolla esclava. Su padre, Don Faustino Del Monte y Clavel, Duque de Gorchán, lo arrancó de su madre Carlota Baltazar para entregarlo, en sumo secreto, al cuidado del fraile dominico Santo Padre Uña, junto con una copiosa dote de mil

monedas de oro de 32 franken y una orden, firmada bajo juramento ante el juez de primera instancia y amigo personal Don José Manuel Borjas, que ordenaba la entrega en posición de cerca de diez caballerías de tierras fértiles para pasto y siembra, una hacienda y veinte esclavos; un número elevado de negros para iniciar un emprendimiento económico cuando el bastardo alcanzase la mayoría de edad. El joven Clavel debía ser formado en las artes de las letras, la economía y la esgrima, debía aprender los más estrictos modales y nunca, bajo ninguna circunstancia, debía conocer el secreto de su origen y de sus privilegios. Heredó dinero de Don Faustino Del Monte y Clavel, pero no clase. "Don" Clavel no vivió para que le llamaran Don, sin las comillas. Tendría que esperar hasta 1892 para que le trataran de Don y no tuvo tiempo.

Muchas veces me he preguntado por qué creé a ese personaje que terminó en el Cuerpo de Voluntarios al acabar la contienda, en el bando de los derrotados. El joven pardo y moreno José María Clavel no se integró en el sistema defensivo español a través de las Milicias Disciplinadas de Color o en el batallón del Ejército regular de los Cazadores de Valmaseda. Fue otra excepción en el Cuerpo de Voluntarios siempre a merced de no pertenecer a ninguna parte.

Muchos problemas me trajo el negro Clavel. Solo quería escribir acerca de un hombre preso por las circunstancias raciales, políticas y sociales de una época oscura y violenta; un ser humano eternamente sospechoso, en alerta y desconfianza permanente; un hombre tan rico como pobre; un ser diferente. Pero la subjetividad y la censura, presa por las circunstancias ideológicas de un régimen tan rico como pobre, eternamente sospechoso, me juzgó a la usanza de los viejos tiempos de la inquisición. No me defendí. Cualquier obra de arte desvelada deja de serlo.

Por fortuna, algunos humanistas autorizados, de confianza (aunque la mayoría extranjeros), inclinaron la balanza al otro lado; o al menos así lo creyeron los censores y la obra, nunca entendida, nunca encajada, fue publicada después de recibir un sonoro premio nacional.

Todavía hoy me pregunto por qué escribí sobre el negro Clavel. ¿Hasta qué punto le pertenecía o él me pertenecía a mí? ¿Hasta qué punto hablaba por él o él lo hacía por mí? ¿Hasta qué punto somos dueños de nuestros destinos o víctimas de las circunstancias?